

## SAN LIBERATO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

“Entonces alcanzaron también la inmarcesible corona [del martirio], tras haber confesado su fe en público certamen siete hermanos, que vivían juntos en un monasterio, hermanos no de sangre sino por la gracia” .

Con estas simples palabras recuerda Víctor de Vita el martirio de siete monjes en su “Historia de la persecución de la provincia de África en tiempo de Genserico y Hunerico” , escrita a fines del 484. El cronista no da sus nombres. Pero descubre el ambiente, la época y el motivo por el que vertieron su sangre. Su martirio es un eslabón más de la cruenta cadena que atenazó a la Iglesia africana durante el siglo que estuvo bajo la férula de los vándalos.

El año 429 80.000 vándalos traspasaron el Estrecho de Gibraltar y se desparramaron por las provincias romanas de África del Norte. En dos lustros dismantelaron la sociedad romana y se hicieron con el pleno control del territorio.

Eran arrianos, es decir, negaban la divinidad de Cristo y no reconocían el bautismo de los católicos. De acuerdo con la mentalidad del tiempo y con su propio primitivismo cultural, intentaron imponer su religión por todos los medios a su alcance: deportaciones, confiscaciones, trabajos forzados, muertes. Blanco preferido de sus ataques fueron siempre los obispos, el clero, los monjes y las vírgenes consagradas.

El 439 ocuparon Cartago. A renglón seguido mandaron al destierro a su obispo, Quodvultdeus, con un buen número de obispos y sacerdotes, y prohibieron la ordenación de nuevos prelados. El resultado fue el número alarmante de sedes vacantes. Cartago estuvo sin pastor desde su caída en manos de Genserico hasta el 454, en que se permitió la ordenación de Deogracias, y desde la muerte de éste a finales del 456 o principios del 457 hasta el 481, en que, a ruegos del emperador de Oriente, Hunerico autorizó la entronización de un nuevo obispo.

Siguió la clausura de iglesias y monasterios, la entrega de sus moradores a los moros, la profanación de los cementerios, la imposición de la fe arriana a oficiales públicos, la reducción a la esclavitud de quienes se resistían a aceptar el nuevo credo. El número de mártires y confesores de la fe crecía día tras día. Víctor de Vita da nombres de obispos, nobles romanos y cristianos de a pie. Singular resonancia alcanzó la heroica resistencia de la virgen Máxima.

Al final del reinado de Genserico (429-77) la persecución remitió y se pudo pensar en la reconstrucción del tejido eclesial. A instancia del emperador Zenón, permitió el regreso de varios obispos. Hunerico (477-84), casado con Eudocia, hija de Valentiniano III, confirmó la tolerancia. En 481 Cartago pudo darse un nuevo obispo en la persona del presbítero Eugenio.

Pero Hunerico cambió pronto de actitud e instauró un régimen de terror que alcanzó a todos los sectores de la población. Al principio se encarnizó con sus propios parientes, la nobleza vándala y todos aquellos que podían insidiar el trono de su hijo. Una de sus primeras víctimas fue Jucundus, obispo arriano de Cartago y cabeza de su Iglesia. Luego, instigado por Cirila, sucesor de Jucundus, desencadenó una campaña de desprestigio y violencias contra los católicos que sólo terminaría con su muerte a fines del 484. De nuevo los golpes más duros cayeron sobre obispos, clérigos y vírgenes. Éstas fueron sometidas a abusos e inspecciones vergonzosas.

El 20 de agosto del 483, instado por Zenón, convocó a católicos y arrianos a un coloquio en el que podrían sostener sus puntos de vista. Los católicos acogieron el edicto con recelo. Vieron en él una maniobra del rey para ridiculizarlos y de paso justificar su conducta ante el emperador. Los hechos confirmaron sus temores. Se impidió la asistencia al coloquio de católicos ultramarinos, y Cirila, que lo presidió, les regateó hasta el uso de la palabra. A pesar de todo, Hunerico aprobó el coloquio y actuó de acuerdo con sus determinaciones.

El 24 de febrero del 484 declaraba fuera de ley a los católicos y les aplicaba las leyes que los emperadores habían dictado contra los herejes. Suspendió el culto católico, cerró sus iglesias, adjudicó sus bienes al clero arriano y mandó quemar los libros litúrgicos. A quienes rehusaran abrazar el arrianismo antes del 1 de junio, así como a los neosacerdotes, a sus obispos consagrantes y a los jueces remisos, se les impondrían fuertes multas. 4.966 eclesiásticos salieron hacia el desierto en una de esas crueles marchas que jalonan la historia de la humanidad. Muchos sucumbieron en ella. Los demás terminaron como esclavos en manos de los moros del sur. También los monjes, el pueblo llano y hasta los niños pagaron su tributo de sangre.

Entre tanta crueldad suscitó singular clamor el martirio de los siete monjes de Capsa, la actual ciudad tunecina de Gapsa. Un contemporáneo recogió los detalles en una *Passio* que ha llegado hasta nosotros. La *Passio*, un género literario intermedio entre las actas martiriales y las leyendas, pretendía conservar la memoria de los mártires y recabar de ella un mensaje espiritual. Ésta reafirma la fe en la Trinidad y rechaza la reiteración del bautismo, que eran los puntos centrales de la herejía arriana. Los mártires mueren como “soldados de la Trinidad”, por confesar su fe en ese misterio inefable: “nadie podrá borrarlos de la frente el nombre de la Trinidad con que el Creador quiso sellarnos en el único bautismo” .

El monasterio tenía siete monjes: el diácono Bonifacio, los subdiáconos Siervo y Rústico, el abad Liberato y los monjes Rogato, Séptimo y Máximo. Era, pues, un monasterio mixto, inserto en la Iglesia local y fiel al ideal comunitario de san Agustín. Sus moradores, nos dice la *Passio*, “vivían unánimes en el monasterio, pues es bueno y dulce habitar los hermanos unidos” . Durante algunos años la lejanía y el aislamiento les habían permitido vivir con relativa tranquilidad. Pero de pronto les alcanzó de lleno la persecución.

Conducidos a Cartago, “la Serpiente [el tirano] quiso atraerlos con seductores halagos” , a los que los monjes, acogidos al lema de san Pablo - “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (Ef 4,5)-, opusieron la más firme repulsa. Luego les cargó de cadenas y los encerró en un lóbrego calabozo. Pero como también allí les llegaba el apoyo de los fieles, ordenó subirlos a una barca llena de haces de leña seca y darles fuego en alta mar.

En el entretanto “los esbirros se esforzaban por apartar del grupo [...] a uno de ellos, de nombre Máximo, el más joven de todos. [...] Pero él, que era niño en edad pero adulto en madurez, les respondía: a mí nadie me separa de mi santo abad Liberato ni de mis hermanos que me han criado en el monasterio” .

Ya en alta mar la barca y con los monjes bien atados, intentaron encender la leña con paja seca. Pero al no lograr que prendiera el fuego, el tirano, “lleno de ira y vergüenza, ordenó matarlos a golpes de remo. Uno a uno fueron cayendo con el cráneo machacado” .

El mar devolvió sus cuerpos, que recibieron cristiana sepultura en el monasterio de Bigua, contiguo a la basílica de Santa Celerina de Cartago. La iglesia de Cartago los veneró como a campeones de la fe y émulos de los macabeos: “como los hermanos macabeos también ellos eran siete e hijos de una sola madre, la Iglesia católica de Capsa, que los había dado a luz por el bautismo” .

De los martirologios de Abdón y Usuardo pasaron al Romano, que celebra su memoria el 17 de agosto. La familia agustiniana, que ve en ellos una encarnación de su espíritu comunitario y eclesial, desde 6 de junio de 1672 celebra su fiesta el día 26 de agosto. A principios del siglo xx los agustinos recoletos eligieron al joven Máximo patrón de sus novicios.

## **Bibliografía**

A. SÁNCHEZ CARAZO, *Máximo y compañeros*, Marcilla (Navarra) 1991 (versión de la *Passio*, única existente en castellano, pp.14-27).

Á. MARTÍNEZ CUESTA, OAR